

¿DISEÑAR LA HISTORIA LITERARIA HOY?

Ana Pizarro
Universidade do Chile

El punto de partida para las presentes reflexiones y para la formulación de mis interrogantes es una experiencia de investigación colectiva que se situó durante el período en que todas las conceptualizaciones sólidas comenzaron a desvanecerse en el aire y necesitamos entonces formular y reformular propuestas. De ellas surgió nuestra publicación *América Latina: palabra, literatura e cultura* (PIZARRO, 1993-1995).

Es por esto que, si me permiten, tal vez para situar los problemas deba hacer un poco de historia.

Al llevar a cabo esta experiencia, lo primero fue preguntarse si era posible escribir una historia de la literatura -en esos términos estrictos- del continente, como trabajo colectivo. Las convicciones de fines de los setenta nos hicieron pensar que sí era posible. Luego nos preguntamos desde qué espacio geográfico-cultural hablaba la historia literaria de nuestro continente y se hizo evidente que era necesario incorporar al Brasil por una parte, y al Caribe no hispano por otra.

El Proyecto se prolongó por alrededor de diez años. Ya en la primera formulación, perfilada primeramente en torno a nociones muy discutidas luego, como "dependencia", y enseguida en el marco de la dualidad "centro-periferia", se ubicó ya una perspectiva que intentaría redefinir, adecuar o formular procesos y conceptos desde una situación de enunciación crítica ubicada en el espacio mismo de la cultura continental.

Este perfilamiento de la perspectiva significó dos rupturas importantes: por una parte con la noción clásica de historia literaria, por otra con

una noción eurocéntrica de los procesos culturales de América Latina. Esto último dificultó la relación y finalmente determinó la separación del Proyecto de la institución primera que lo había acogido.

Es decir, el trabajo que realizábamos se llevaba a cabo en el mismo ámbito en que lo sólido se desvanecía y el cuestionamiento ocupaba un lugar importante junto a las reformulaciones. En el espíritu de esto se rescataban los logros de Enriquez Ureña, Antonio Cándido, Ángel Rama o, más contemporáneamente, de Jean Franco, iniciadores de la modernización historiográfica que vivimos hoy. Cándido y Rama estuvieron con nosotros, casi desde el comienzo, y a pesar de la prematura desaparición de Ángel ambas colaboraciones fueron fundamentales.

Así empezaron las preguntas. Discutimos qué tipo de historia, cuáles eran las opciones, qué ámbitos abarcar, nos preguntamos cómo organizar los problemas, cómo periodizar los materiales. Comenzamos a revisar juicios, a informarnos sobre lo que estaba proponiendo la investigación en los distintos ámbitos.

Al cabo de un tiempo, interrogantes mayores y algunas certezas nos hicieron tomar decisiones con las que el trabajo iba a adquirir mayor perfil. Por una parte no la llamaríamos "historia literaria". Desde ya no sería un recuento cronológico con tendencia a la exhaustividad, sino una indagación sobre temas, tendencias - a veces autores - y problemas. Los organizaríamos en orden cronológico de acuerdo con los tres momentos que habíamos observado en el desarrollo del discurso cultural del continente en su búsqueda de expresión. Por otra, consideraríamos un amplio espectro de manifestaciones que desbordaban la concepción canónica de "lo literario" en términos de "bellas letras", expresando la pluralidad de prácticas discursivas propias del registro cultural de América Latina. Esto, en su doble línea de tradiciones desde el momento colonial: por un lado la oralidad, la plasmación pictográfica o ideográfica, por otro, la literatura escrita y en lenguas europeas.

Hubo pues, formulaciones y reformulaciones. No estoy evaluando los resultados, que es lo que compete a otros críticos, me interesa mostrar el proceso, que creo que pone en evidencia un momento de cambios fundamentales que se llevaban a cabo en el espacio crítico del continente y de los que nos hacemos eco. Como en el caso de la "nueva historia" a nivel internacional, estas transformaciones tenían que ver, como señala Le Goff

para aquella, con transformaciones en el objeto, en los problemas y en la perspectiva.

Dejo de lado la discusión sobre la precedencia de las propuestas en lo que se refiere a la nueva historia. Me interesa eso sí apuntar a algunos elementos que contextualizan estas transformaciones en nuestras concepciones historiográficas. Ellas tienen que ver, a mi entender, con el período histórico que se abre en los años sesenta y que dice relación con aperturas a la pluralidad. Es decir incorporan la descolonización, el auge de las luchas de masas en América Latina, los feminismos, las reivindicaciones afroamericanas en lo histórico político. En lo cultural un proceso identitario en el continente que hace emerger un impulso creativo de fuertes proporciones en diversos órdenes. Situaciones éstas que originan una reflexión profunda tanto en las ciencias sociales como en teoría de la cultura respecto de América Latina.

Transformaciones importantes se están llevando a cabo al mismo tiempo en la historiografía europea: el pensamiento de la escuela de los Annales desde Marc Bloch y Lucien Febvre a Braudel. El pensamiento de Le Goff. No estoy segura si este desarrollo tuvo repercusión importante en América Latina en los estudios de la cultura en ese momento. No lo veo presente en nuestras discusiones, centradas más bien en el pensamiento del continente. Tengo la impresión que su emergencia como bloque de pensamiento alternativo a los estudios del marxismo es de efecto más tardío. No parece tener, por ejemplo el impacto y la difusión casi masiva de los escritos - alternativos a ambos - de Michel Foucault. Pero la crisis del paradigma tradicional de la escritura de la historia y la apertura de nuevos problemas de fuentes, de método, de explicación, la diferencia que significa la historia vista "desde abajo" y la pluralidad de campos que se abren con su fragmentación: la historia de la vida cotidiana, del vestuario, de la cultura material, de las mujeres, etc., así como la transformación democratizante que significa el paso de la historia intelectual a la de las mentalidades y a la historia cultural, constituyen un proceso que se da en paralelo con la transformación de perspectivas de la historiografía literaria en nuestro continente. Estamos hablando de la transformación de los años 70-80.

En esta emergencia no está tampoco ausente la crítica literaria europea de los sesenta. Pero pronto había ido adquiriendo peso entre nosotros la

tradición del pensamiento continental desde Bolívar a Price Mars, desde Martí a Fernández Retamar, quien sintetiza a comienzos de los setenta estas expectativas en la propuesta de pensarnos a partir de nuestras propias peculiaridades culturales. Publicaciones periódicas como *Casa de las Américas* o la revista *Marcha* son la expresión de lo que vamos señalando. Es decir, el volver a pensar nuestra historia de la cultura en los ochenta no es sino el resultado de un fuerte proceso que se abre en los sesenta y en donde nombres como los de Antonio Cándido y Ángel Rama son centrales en su impulso modernizador.

A partir de ellos una nueva crítica latinoamericana comienza a formular las estrategias de la cultura del continente acompañada por estudiosos de fuera de él ubicados en el mismo punto de vista: Martín Lienhard, Rolena Adorno, William Rowe, entre otros, generan espacios críticos renovados y en permanente diálogo con las nuevas formulaciones de Antonio Cornejo Polar, Walter Mignolo, Hugo Achúgar y tantos más.

Más tardíamente, críticos de otros espacios de la periferia cultural elaboran una reflexión en un sentido similar: Edward Said, Gayatri Spivak, Homi Bhabha y hay allí un intersticio a través del cual nos vemos estimulados por similares y alentadoras posibilidades instrumentales.

En estos elementos, entre otros, veo el marco histórico en que emerge la presencia del cambio en la noción de cultura y de literatura que perfila a la historiografía de los últimos años en América Latina. Esta observación tiene seguramente limitaciones: la estoy haciendo a partir de mi experiencia personal, que creo es también la experiencia de una generación.

Lo cierto es que en los años ochenta en los estudios literarios latinoamericanos estamos en pleno cuestionamiento y la noción de literatura en términos "belletrísticos" con su congruente aproximación formalista y acotada a la específica serie literaria comienza a dar paso a un ámbito más amplio: el objeto de estudio comienza a experimentar un deslizamiento, a ocupar nuevos espacios, también adquiere mayor espesor y complejidad.

Esto implica una aproximación diferente y los espacios recién percibidos exigen la construcción de un campo disciplinario más complejo, un ámbito de interacción disciplinaria en donde confluyan no sólo la investigación literaria, la etnología, sino también la antropología cultural y simbólica, que a través de su vertiente interpretativa se aproxima a aquélla, la historia cultural, la historia intelectual en términos bastante acotados ya que se

abre cada vez más a la construcción de los imaginarios, la historia política, la sociología, etc.

Este deslizamiento del objeto de estudio que comienza a ocupar nuevos espacios diseña cambios fundamentales: los llamaría "epistemológicos", como lo hace Le Goff para la nueva historia, si el término no fuese tan académico. Es decir, por una parte el objeto de estudio se ha tornado diferente: ya no se trata de la literatura en su concepción restringida, sino de un vasto campo de manifestaciones diferentes que incorporan desde la novela hasta la literatura de cordel, pasando por el tango y la poesía tupi-guaraní. Así se va produciendo también el deslizamiento del interés académico desde la historia intelectual hacia la de la construcción de los imaginarios.

Esto quiere decir, por otra parte, que el nuevo objeto de estudio o, más bien, la pluralidad de objetos que exigen la atención del investigador, ahora diseñan nuevos problemas: por ejemplo, cómo abordar la incorporación historiográfica de las literaturas indígenas, cómo delimitar el ámbito de lo popular, cómo considerar las expresiones musicalizadas, cómo establecer los mecanismos de construcción cultural en nuestra situación periférica, cómo aproximarse a las relaciones interculturales en nuestros países de historia colonial, entre otros. En los escritos propiamente literarios, los problemas estaban, con sus carencias y todo, de algún modo organizados disciplinariamente. Ahora, el nuevo campo no ofrece sino desafíos.

Frente a esta situación, se hace necesario aprontar nuevas aproximaciones, ahora pues, pluridisciplinarias. Creo que es el diálogo que hemos comenzado y en el que estamos hoy.

Ahora, este cambio epistemológico empieza a tener mayor complejidad en los años ochenta. Es decir, sucede que mientras estamos llevando a cabo nuestra reflexión y el canon crítico se está ampliando, estamos experimentando, a nivel de la historia factual, fenómenos de intensa transformación. Por una parte, la situación internacional que conocemos en todo lo que lleva a la llamada "era posmoderna". Por otra, América Latina misma, con toda su inserción periférica, comienza a experimentar los efectos del salto tecnológico, la generación de nuevos circuitos de información y el fenómeno general del cambio en los espacios estratégicos de la comunicación.

Esta situación, que absorbemos desde la nueva perspectiva que hemos ido apuntando, nos diseña desde luego otros problemas, tanto más cuanto

que el cambio de escenario se manifiesta con mayor fuerza en el terreno de las nuevas tecnologías de la comunicación.

¿Cómo afecta la producción del imaginario social esta tensión entre globalización y normal protagonismo de regiones como la Andina, Caribe, Sudatlántica o de la región Latinoamericana? ¿Cuáles son los reacomodos jerárquicos de la cultura con los actuales sistemas de comunicación? ¿En qué medida la lógica instrumental significa ampliación o restricción del campo cultural? ¿Cómo funcionan hoy a nivel social los sistemas de representatividad (García Canclini) y cuál es su expresión en el discurso de la cultura? ¿En qué medida la nueva comunicación ha condicionado la emergencia o el desplazamiento de géneros? ¿Podemos seguir pensando en una historia literaria que no consigne la relación -conflictiva o no- de la "cultura de Gutenberg" con la de la imagen? ¿Cómo incorporamos la nueva oralidad de los medios, radio y televisión, a nuestro trabajo? ¿Cuál es nuestra forma de inserción en los circuitos de la información? ¿Cómo se constituye hoy nuestro capital simbólico? ¿Qué significan para el discurso de la literatura y la cultura las industrias culturales de este fin de siglo? Interrogantes todas que nos remiten a nuestra ubicación como región cultural latinoamericana con toda su disparidad en el nuevo escenario internacional.

Estamos viviendo en las últimas décadas de este siglo nuevos procesos migratorios que se agregan a los ya tradicionales venidos en general de la Europa de las crisis económicas y de las guerras mundiales. A la tradicional llegada de alemanes, españoles e italianos, o los japoneses en el Brasil, se sucedieron las migraciones internas de carácter masivo. Fueron inmigrantes menos prestigiosos que se desplazaron por crisis de distinto tipo: fueron, por una parte, los expulsados por razones políticas durante las dictaduras militares del Cono Sur. En gran medida profesionales, gente del trabajo intelectual. Son los colombianos en Venezuela, los guatemaltecos en México, camino de Estados Unidos, peruanos y bolivianos en la Argentina, que se asumen a la ya tradicional inmigración de paraguayos y uruguayos. Los mexicanos y caribeños siguen volcándose a los Estados Unidos.

Esta nueva situación social diseña también nuevos problemas al historiar de la cultura y la literatura. Se trata de un fenómeno que ya está teniendo una expresión estética, está deviniendo formas y estructuras de la creación. De ese imaginario social del desgarramiento cultural aparecen

las primeras textualizaciones, encuentran su primera sintaxis las imágenes filmicas. Se abre con ellos un nuevo centro de gravitación de energías culturales en el que habrá nuevos cruces, otras formas de solapamiento, y que abrirá nuevas problematizaciones.

Luego de estas observaciones, nos preguntamos, pues: ¿Podemos pensar hoy en el diseño de una "historia literaria" así, en términos clásicos?

Pienso que estamos frente al desafío de enfrentar quizás no la construcción de otra "historia literaria de América Latina", sino de algo diferente, hoy que la noción de historia explota desde dentro de sí misma y la vocación totalizante parece sumirse en el descrédito de los "grandes relatos". Adscribo sin embargo, respecto de esta última expresión, a la observación de Peter Burke (1992) en el sentido de que esta utilización de "relato" incluye sin más en la narrativa propuestas que tienen dimensiones centrales de reflexión crítica o de análisis. Pero las etiquetas permiten una fácil socialización del estigma.

Hay entonces en el desafío historiográfico un problema de perspectiva.

El desafío contempla asimismo al propio objeto, cuya centralidad belletrística está siendo superada a cada minuto. Esto por dos razones por lo menos: tanto porque en el primer desborde del concepto se aceptó a la literatura popular, como porque aún no se terminaba de hacerlo cuando caímos en nuevas perplejidades. Martín Barbero y García Canclini *dixerunt*: ¡Ojo! Es que lo popular se está disolviendo en lo masivo, del mismo modo como la artesanía se convierte en objeto de la era industrial, y así la originalidad se vuelve estereotipo.

Pero el desafío en lo relativo al objeto va mucho más allá. La alta cultura de izquierda, dice Bernardo Subercaseaux (1994), está aquí en un impasse. Decimos nosotros: evidentemente, no es lo mismo una sinfonía que un bolero, *La montaña mágica* que un graffiti, *El recurso del método* que una telenovela. Hay allí un problema que remite a aceptar una pluralidad de estéticas. Y en esto me remito a Hugo Achugar, cuya reflexión es siempre tan estimulante. Dice:

He llegado a convencerme de que no es imprescindible leer a Julio Herrera y Reissig o a Juan Carlos Onetti o a José Gorostiza o a Sor Juana Inés de la Cruz u otros similares para experimentar, muerte *sin fin*, el goce

interminable de una obra de arte (tanto el goce de la lectura "inocente" como el de la lectura "crítica"). La experiencia de lo estético no tiene una sola fuente. El menospreciado bolero o el tardío soneto epigonal y modernista también son fuente de lo estético. La ranchera, la payada y el rock nacional son ocasiones para satisfacer el deseo estético. No hay una única estética, como no hay un único arte, una única literatura, una única biblioteca. (ACHUGAR, 1994, p.21)

Si queremos historiar, o por lo menos generar una reflexión, ¿entregaremos una cierta organización o aceptamos el relativismo? ¿Cómo incorporamos el deslizamiento de los espacios de la comunicación del universo escriturario al visual y las consiguientes transformaciones del objeto de la comunicación? ¿Cuáles son las dimensiones, hasta dónde llegamos, cómo delimitamos el campo de investigación?

La configuración del objeto, siempre conflictiva, ahora, en el espacio de la interdisciplina, se vuelve mayormente problemática. El mundo simbólico de un ritual, el análisis de un partido de fútbol, un poema o un video-clip configuran nuevos universos pasibles de estar en la mira de varias disciplinas a la vez. Hemos llegado al interés en la construcción de imaginarios no necesariamente estéticos. Del análisis literario formalista a la semiología, a la antropología simbólica, a la sociología, ¿dónde situamos el límite del objeto?

La llamada definición "opera-house" de cultura -dice Peter Burke- (como arte erudita, literatura erudita, música erudita, etc.) era restricta, pero por lo menos era precisa. [...]. Con todo, si utilizamos el término en un sentido amplio, tenemos, por lo menos, que preguntarnos qué es lo que no debe ser considerado como cultura. (BURKE, 1992, p.22-23)

El tercer problema relativo al desafío de pensar la historia literaria hoy tiene que ver con la transformación vertiginosa que experimentan los procesos identitarios de América Latina, así como la dificultad de ésta para la constitución de bloque en un momento en que la globalización lo exige y el ámbito internacional encuentra de este modo sus estrategias de acción en su juego de correlación de fuerzas. La gran articulación del continente, más allá de toda voluntad institucional, ha sido la de sus procesos culturales. Hoy ellos entran en una dinámica orientada a un futuro difícil de predecir.

No es fácil concluir esta ponencia, porque más que conclusiones hay interrogantes. Si hay conclusiones, ellas tienen que ver con que nos encontramos en el desafío quizás no de construir otra "historia literaria" en el sentido clásico, sino de elaborar una reflexión histórica sobre los procesos de transformación de nuestro tradicional objeto de estudio, situados en este fin de siglo y sobre la base de nuestras perplejidades.

BIBLIOGRAFIA

- ACHUGAR, Hugo, *La biblioteca en ruinas*, Montevideo, 1994, p.21.
 BURKE, Peter Burke. *A escrita da história*. São Paulo: Editora da Unesp, 1992.
 PIZARRO, Ana (org.). *América Latina: palavra, literatura e cultura*. São Paulo: Memorial da América Latina, 1993-95.
 SUBERCASEAUX, Bernardo (presentación). In: Ana Pizarro, *América Latina: palavra, literatura e cultura* (volumen I), Librería Altamira, Santiago de Chile, 1994. Inédito.